

POEMAS DE LA OFICINA, DE MARIO BENEDETTI

Fuensanta Martín Quero

El periodo comprendido entre los años finales de la Segunda Guerra Mundial y mediados de la década de los 50 del pasado siglo es recordado por ciertos sectores de la población uruguaya como una etapa de plenitud. Era la etapa del denominado «Uruguay feliz»¹. Los gobiernos de ese periodo estuvieron presididos por políticos pertenecientes al Partido Colorado, un partido tradicional uruguayo cuyo origen se sitúa en el año 1836. En palabras del politólogo Jorge Chagas era «el ‘Uruguay feliz’, una suerte de ‘paraíso perdido’», porque en las décadas posteriores «la democracia comenzó a derrumbarse lentamente»².

Entre 1943 y 1947 el país estuvo presidido por Juan José de Amézaga, que gobernó en una etapa de auge económico, consecuencia de los beneficios obtenidos de las exportaciones uruguayas. Con su gobierno se favoreció la industrialización para contrarrestar las importaciones y se implementó, entre otras, una política de subsidios y de altos aranceles aduaneros. Y, como dice Miguel Arregui, «Amézaga también extendió en gran medida los dominios del Estado, que adquirió definitivamente el papel de gran empleador, en parte para cumplir nuevas funciones, (...) en parte como seguro encubierto; y en parte como pagador de favores políticos (“clientelismo”）」³. De tal manera que, entre 1941 y 1955, el número de funcionarios aumentó un 195% en Uruguay⁴.

Estos hechos explican que durante la mitad del siglo pasado en casi todas las familias uruguayas hubiera alguien trabajando para el Estado. En su ensayo *El país de la cola de paja* (1960), Mario Benedetti, refiriéndose al periodo anterior al mismo, escribía lo siguiente con el sentido de humor irónico que lo caracterizó a menudo: «el Uruguay es la única oficina del mundo que ha alcanzado la categoría de república (...)»⁵. Y proseguía: «El Uruguay es un país de oficinistas. (...). Lo que verdaderamente importa es el estilo mental del uruguayo, y ese estilo es de oficinistas. / Todo el país piensa en términos de oficina». Hasta tal punto era así, que los empleados públicos acudían cada

¹ ARREGUI, M. (2018, marzo): Los años 50 y el “Uruguay feliz”, en *El Observador*. Recuperado desde: <https://www.elobservador.com.uy/nota/los-anos-50-y-el-uruguay-feliz--2018314500>

² Id.

³ Id.

⁴ Id.

⁵ BENEDETTI, M.: “Rebelión de los amanuenses”, en *El país de la cola de paja*, Montevideo, Arca, 1973, 9ª ed., p. 51. *Apud* IBÁÑEZ QUINTANA, J. (2005): *Poemas de la oficina: La poesía burocrática de Mario Benedetti*, en *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Nº 29. Universidad Complutense de Madrid. Recuperado desde: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero29/benedett.html>

mañana a trabajar con prisa para poder coger asiento, porque existían más trabajadores que sillas en las oficinas públicas.⁶ La burocracia formaba parte del funcionamiento de toda la nación impregnando cada rincón de la actividad diaria. Lo cual, dicho sea de paso, también se produce en buena medida en la actualidad, tanto en el ámbito público como en el privado, en muchos países desarrollados como el nuestro y los que se encuentran en el entorno geopolítico más próximo, como un *modus operandi* extendido y normalizado.

En ese contexto no es de extrañar que *Poemas de la oficina* (1956), el octavo libro de Mario Benedetti, llegara a ser todo un éxito con el que el poeta se convirtió en un escritor muy conocido. Él mismo contó que, antes de esta publicación, sus libros, como el de buena parte de los escritores de la época y anteriores, se editaban y permanecían en las editoriales durante varios meses almacenados en cajas sin venderse apenas, para posteriormente ser recogidos por sus autores que terminaban regalándolos o guardándolos en sus casas.

Benedetti conocía perfectamente los interiores del mundo burocrático porque durante treinta y cinco años trabajó en oficinas diversas. Nacido en Pasos de los Toros (Uruguay) en 1920, cuando contaba cuatro años de edad su familia se trasladó a Montevideo en donde realizó la educación primaria. Con quince años tuvo que abandonar sus estudios secundarios para continuarlos de manera libre por problemas económicos. Estas dificultades dio lugar a que, siendo apenas un adolescente de catorce años, comenzara a trabajar para una empresa de repuestos de automóviles. Posteriormente realizó numerosos oficios como recadero, administrativo en una inmobiliaria, taquígrafo y empleado público, entre otros. Mario Benedetti trabajó como oficinista desde 1934 hasta 1969, y estuvo empleado en tres trabajos simultáneamente hasta 1945. A partir de entonces, y durante quince años, sustituyó los anteriores trabajos por uno solo en la oficina de La Industria Francisco Piria, S.A.⁷ Como dice Jaime Ibáñez Quintana en el artículo citado (nota 5), «Sin duda fue su propia experiencia lo que le permitió interpretar con tal profundidad la frustración y mediocridad de la oficina».

Por consiguiente, fue un escritor autodidacta, como tantos muchos; poeta, pero también novelista, dramaturgo, ensayista, periodista e incluso crítico de cine, que perteneció a la Generación del 45 de Uruguay, junto a escritores como Juan Carlos Onetti o Ida Vitale. Y simultaneó sus trabajos burocráticos con una intensa actividad literaria. Fue un autor prolífico que escribió más de ochenta libros, abarcando todos los géneros literarios, fundamentalmente la poesía. Parte de su obra ha sido traducida a más de

⁶ FIOL, M. y PUERTAS, A. (1984): "Entrevista a Mario Benedetti", Caligrama, Vol. I, Palma de Mallorca, pp. 73-74. *Apud* IBÁÑEZ QUINTANA, J. (*Op. Cit.*)

⁷ NOGUEROL, F.: *Mario Benedetti: Los espejos las sombras*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1999, p. 35. *Apud* IBÁÑEZ QUINTANA, J. (*Op. Cit.*)

veinte idiomas y, además, poemas suyos han sido musicalizados, entre los que caben destacar los incluidos en el disco *El sur también existe*, de Juan Manuel Serrat.

Con *Poemas de la oficina* Benedetti dejó de estar en la sombra porque supuso un éxito editorial por varias razones. Por un lado, porque en sus poemas trata temas que afectaban a una gran población del país que, como he comentado, se encontraba muy burocratizado en aquellos años del pasado siglo. Temas que expresaban la cotidianidad, las preocupaciones, las pequeñas tragedias que a diario vivían muchos uruguayos. Por otro lado, porque el lenguaje poético empleado por Benedetti era inteligible para la inmensa mayoría, lo que propició que mucha gente que no solía leer poesía pudiera entenderla fácilmente y se sintiera identificada con lo que sus versos expresaban. La poesía que por entonces se publicaba trataba temas trascendentes que recurría a menudo a imágenes tradicionales obtenidas del mundo natural (plantas, paisajes, fauna, como metáforas). Un lenguaje abstracto que no conectaba con esa parte de la población que a diario se hallaba inmersa en una vida rutinaria afrontando problemas que en nada se parecía al mundo figurado que la poesía del momento expresaba. *Poemas de la oficina* supuso una ruptura con el canon establecido, con esa forma tradicional de escritura que era distante para la población preocupada más por sus problemas reales, y se convirtió en una gran novedad porque, no solo se alejó de los temas poéticos tradicionales sino también de las formas empleadas (símbolos y metáforas sobradamente utilizadas), que se perdían en abstracciones difíciles de desentrañar para los profanos. El lenguaje directo que Benedetti utiliza en este libro (también en otros) llegó a muchos lectores, que se vieron reflejados en sus versos. Poemas como *Sueldo*, *El nuevo*, *Licencia...* sacan a la luz el día a día de una gran parte de la población uruguaya de aquella época, que Benedetti conocía perfectamente por su experiencia personal como burócrata durante treinta y cinco años.

Dijo Rafael Alberti aquello de «Poeta, por ser claros no se es mejor poeta. / Por ser oscuro, poeta —no lo olvides—, tampoco»⁸. Pese a lo que pudiera parecer en una primera lectura realizada del libro que nos ocupa de Benedetti, no se puede infravalorar las formas sencillas empleadas en él, ni en absoluto el hecho de no ajustarse a una estética dominante o la focalización hacia un objeto lírico alejado de lo trascendente, porque el conjunto en sí cumple, desde mi punto de vista, con un elemento de interés que lo sublima y que es precisamente la enorme dificultad que supone conseguir expresar poéticamente una cotidianidad alejada de pleno del imaginario lírico habitual, en un equilibrio difícil de sostener entre el lenguaje sencillo y el poético. Porque ¿es lírico acaso escribir versos sobre la oficina, el sueldo, las vacaciones, el dactilógrafo y toda una serie de elementos y personajes que

⁸ OLIVÁN, L. y otros autores (2002, diciembre): Presencia y vigencia de Alberti (Especial Centenario Alberti), en *El Cultural*. Recuperado desde: <https://elcultural.com/Presencia-y-vigencia-de-Alberti>

conforman una cotidianidad dominada por la rutina y agrisada por las peculiaridades propias del ambiente oficinesco? Y, sin embargo, en el poema «Sueldo», Benedetti escribió: «aquella esperanza que cabía en un dedal» o «y dejar que la vida transcurra/gotee simplemente», o en «Licencia»: «...recuperar el mar/eso primero/recuperar el mar desde una altura/y hallar la vida en cuatro olas/gigantescas y tristes como sueños». El lirismo de estos versos es evidente. Es difícil, como digo, mantener ese equilibrio. Y lo es, además, teniendo en cuenta que Benedetti se balancea continuamente en estos poemas entre la técnica narrativa y la emoción poética.

Desde un punto de vista formal, cabe mencionar que casi todo el poemario está escrito mediante el verso libre, sin rima y con un claro predominio del verso de arte menor, con algunas excepciones en las que se utilizan sobre todo el alejandrino y el endecasílabo. El único poema en el que aparece con tibieza la rima es en «El nuevo», donde encontramos breves asonancias. Por otra parte, los títulos de las composiciones los constituye casi siempre una sola palabra («Sueldo», «Ellos», «Verano»...), buscando de esta forma centrar el objeto del mensaje sin ambages.

Se observa, pues, una libertad formal en las composiciones del libro. Los recursos estilísticos más recurrentes son anáforas, repeticiones de vocablos a los largo de muchos de los poemas imprimiéndoles un ritmo, también de versos a modo de estribillo con los que se pretende recalcar una emoción concreta del sujeto poético («Es una lástima que no estés conmigo», repetirá en el primer verso de cada estrofa de «Amor, de tarde»), paralelismos junto con anáforas («Aquí no hay cielo/aquí no hay horizonte», en «Ángelus»), composición de palabras inventadas mediante la unión de vocablos («comonó», «cuandoquiera», en el poema «Verano», o «hastacuandodiosmío» en el poema «Lunes»), personificaciones («tiene la culpa el aire/que está ansioso y no cambia», en el poema «Verano»), hipérboles («faltan para el domingo/como siete semanas», en el poema «Lunes»), antítesis («y quedes Tú/si quedo Yo», en «Oración»), polisíndeton, animalización («modesto anfibio» dirá cuando se refiere al jefe en el poema «Cuenta corriente»), despersonalización («esta mano crispada en el apuro/porque se viene el plazo/y no hay tu tía/que suma cifras de otros/cheques de otros/que verdaderamente pertenece a otros», en «Cosas de uno»).

Cabe destacar como recurso empleado por Benedetti en esta obra la utilización de registros lingüísticos coloquiales propios del lenguaje oral. Se trata de palabras y expresiones empleadas por la gente sencilla en su vida cotidiana: «no digo ni caramba ni ahí te pudras» dirá en el poema «Ellos», o «no dirá/sí señor/dirá viejo podrido/rezará palabrotas/despacito», en «El nuevo», por citar algunas. A ello, como se ha indicado antes, hay que unirle el hecho de que el objeto lírico es novedoso al situar el centro de atención en el mundo oficinesco, inmerso en la cotidianidad de la gente, alejado de abstracciones, idealizaciones e imágenes habituales de la poesía convencional.

Pero quizás el recurso de mayor peso empleado en este libro sea la utilización de una técnica narrativa que se concreta en la aparición de personajes y en una forma de contar lo que ocurre en la oficina, que se presenta como escenario en el que el sujeto poético observa. Estos personajes van apareciendo en las composiciones, y sobre ellos manifiesta características propias de cada uno como si fuera un narrador. Así, en el poema «Ellos» se alude a los jefes. A estos se referirá el autor en varias composiciones del libro. Se nos presentan como unos individuos que, desde su posición, tratan con distancia e indiferencia a los subordinados: «ellos abren la puerta y dicen: “Pase”»(...) «ellos cierran la mano y dicen: “Pero”». Al mismo, tiempo son individuos mediocres que «miran y relativamente son felices», son «sencillos, escupen y recelan», ante los cuales el subordinado muestra sumisión extrema: «pero yo, como ellos me instruyeron,/no digo ni caramba, ni ahí te pudras». En «Cuenta corriente» se utiliza el recurso de la animalización para expresar la figura mediocre y simple del jefe: «usted, modesto anfibio,/usted que firma con mi pluma fuente/y tose con su tos y no mes escupa». Sin embargo, ese personaje (el jefe) se presenta igualmente como alguien que cumple su rol, sin plantearse nada más. En el poema «OH» dirá el poeta: «Está aburrido/jefe/se le nota en los ojos/en la voz/en las órdenes/en el paso». Pero el jefe es un individuo que se caracteriza fundamentalmente por dar órdenes y adoptar posiciones de poder: «Se discute/se vota/se toma coca cola/(...)De pronto uno difunde/ el alerta./Otros gritan. Este dice: “Jamás”/y aquellos dicen: “Nunca”». Otros personajes que aparecen en el libro son los compañeros con los que el sujeto poético comparte el trabajo en el mismo escenario dentro de ese ambiente rutinario de la oficina. En el poema «Hermano» parece identificarse inicialmente con ellos, pero en realidad no es así del todo porque la actitud respecto a la suya allí dentro es muy diferente y los distancia: «yo /usando lo que sé/brindando lo que tengo/ecuaciones/inglés/teneduría/alemán /(...)vos/prendido a la Oreja/como una caravana».

Los personajes que aparecen en el poemario se identifican por su posición jerárquica y por el puesto que ocupan en el contexto burocrático al que pertenecen, al igual que los personajes de una novela o de una obra teatral en la que cada uno se caracteriza por el rol que desempeña. Los trabajadores que no ostentan cargo y están subordinados como él se encuentran cosificados, sometidos y son tratados con distanciamiento, y, sin embargo, son individuos sumisos e incapaces de rebelarse. Así se identifica a otro de estos personajes en el poema «El nuevo», en el que se muestran los rasgos más evidentes del que comienza a trabajar en la oficina como «un muchachito» (juventud), que viste bien con «el duro traje azul/de los domingos», que «Viene contento» (ilusionado con el empleo), que «murmura sí señor/y se olvida/de sí mismo» (sumisión), «escribe sin borrones» y que tiene «un cansancio tranquilo», en contraposición de cómo se encontrará cuando el tiempo transcurra y acumule allí dentro muchos años («veinte años/quizá/de veinticinco»), cuando ya «no podrá enderezarse», vestirá mal con «...unos

pantalones/mugrientos y cilíndricos», sentirá «...un dolor en la espalda/siempre en su sitio» y dejará de ser sumiso porque cuando piense en el jefe «No dirá/sí señor/dirá viejo podrido». Es justamente la situación emocional en la que se encuentra el sujeto poético.

El lenguaje coloquial es utilizado por Benedetti en los poemas, una y otra vez, como un diálogo interno que mantiene con los demás personajes del escenario oficinesco en el que se encuentran, pero también consigo mismo: «Volvió el noble trabajo/pucha qué triste/que nos brinda el pan nuestro/pucha qué triste/me meto en el atraso/hastacuandodiosmío». Como vemos, la invención de palabras procedentes de la unión de varios vocablos es recurrente en el libro como forma de enfatizar una determinada emoción. Y es este componente emocional, junto con el lenguaje empleado por Benedetti, lo que provocó, como ya se ha comentado anteriormente, que conectara verdaderamente con los lectores de la época en la que se publicó el libro al producirse una identificación de estos con lo expresado en los poemas.

La oficina se presenta como la antítesis de la realización personal. En el poema «Sueldo» el sujeto manifiesta una contraposición entre lo que pudo haber sido y no fue. Sueños no realizados hasta llegar a una realidad en la que la vida transcurre «como un aceite rancio» por «tener los libros rubricados al día». La vida se presenta así como un transcurrir sin más. Esto le produce frustración. Esta es la emoción dominante que se expresa en el libro. También la desesperación. En el poema «Verano» esa desesperación al realizar el trabajo se agudiza porque el calor lo dificulta. Y ello se manifiesta en la repetición a modo de estribillo de un pensamiento obsesivo y hasta rebelde: «se acabó/no trabajo». A lo cual se le une un ambiente atosigante procedente de la actitud del jefe: «paredes con reproches/con órdenes/con rabia» (personalización). Y, sin embargo, sus pensamientos de rebeldía desaparecen al final del poema y vuelve a la sumisión de siempre cuando «suena el teléfono» (orden de su jefe) y dirá «sí señor enseguida/cómono cuandoquiera». Como afirma José Miguel Oviedo, «Hay un *homo burocraticus*(...), que se ha ido amansando y domesticado hasta volverse puramente útil»⁹.

El sujeto poético siente, asimismo, repulsión hacia el jefe. Para expresarla, en «Cuenta corriente», el poeta utiliza como recurso la animalización al describir al jefe como «modesto anfibio», y dice: «tose con su tos y no me escupa,/usted que sirve para/morirse y no se muere».

⁹ OVIEDO, J. M.: Un dominio colonizado por la poesía, en *Mario Benedetti: Variaciones críticas*, Jorge Ruffinelli (Ed.), Montevideo, Libros del Astillero, 1973, p.149. *Apud* IBÁÑEZ QUINTANA, J. (Op. Cit.)

El oficinista, a pesar de las innumerables horas que dedica a trabajar, padece estrecheces económicas y se queja de las deudas que tiene acumulada (poema «Aguinaldo»).

En «Lunes» el pensamiento emocional aflora entre el pensamiento contable, como sucede en otros poemas, de tal manera que mientras su mente cuenta cifras constantemente («dos veinte, cinco quince,/me aplasta, me golpea,/once setenta, mil»), en medio de estas emergen las emociones propias, mostrando el encarcelamiento mental al que se ve sometido el sujeto poético que se encuentra anulado como persona. Esa anulación lo lleva a una despersonalización, a un no sentirse dueño de sí mismo. Su pensamiento emocional no puede estar ausente siempre y se va entremetiendo inevitablemente mientras cuenta cifras, como forma de liberar la presión, de tal manera que el sujeto se va desahogando a medida que realiza tareas burocráticas.

En este poema se utiliza de nuevo como recurso la animalización («como cualquier gusano/me meto en el atraso») y la formación de un vocablo mediante la unión de varias palabras («hastacuandodiosmío») para expresar la intensidad de la desesperación. Asimismo, aparecen paradojas como «me meto en el atraso». La acción de meterse en algo denota avanzar, en contraposición del término «atraso» que denota retroceso o que algo queda atrás. Por otro lado, se contraponen dos valores: «el noble trabajo/(...)/que nos brinda el pan nuestro», frente a la tristeza («pucha qué triste») y la desesperación («hastacuandodiosmío», o «el atraso me asfixia»...«me aplasta, me golpea»). El sujeto poético valora el tener un trabajo, sin embargo, no puede soportarlo más y se encuentra desesperado. Otro recurso de este poema es la hipérbole: «faltan para el domingo como siete semanas». En la oficina «el atraso» (trabajo a contrarreloj) lo «asfixia» y lo ata durante casi todo el tiempo vital, de tal manera que, después del día de descanso, cuando llega el lunes, el domingo se percibe muy lejano.

La despersonalización se hace patente en el poema «Cosas de uno», hasta tal extremo que considera que su mano «verdaderamente pertenece a otros»... «suma cifras de otros/cheques de otros». El sujeto poético siente que su vida no le pertenece hasta el punto de que percibe su mano ajena a él, como si no fuera suya.

En «Dactilógrafo» el cargo u ocupación (mecnógrafo) define al personaje de ese escenario. Cabe destacar que el pensamiento emocional reprimido aflora nuevamente entre los pensamientos laborales, de tal manera que, al tiempo que va escribiendo una carta comercial, sus emociones sobre la añoranza del pasado se van intercalando en esa redacción («eran tan diferente era verde/absolutamente verde y con tranvías/y qué optimismo tener la ventanilla/ sentirse dueño de la calle que baja (...) rogámosle acusar recibo lo antes posible» (...)) «y el olor a eucalipto y a temprano/saludamos a usted

atentamente»). Al iniciar la carta escribiendo la ciudad en la que se encuentra (Montevideo), esta le trae a la memoria la infancia vivida en ella. Se deja ver que su sueño de antes termina truncado en un presente frío de un trabajo en el que se siente atado y frustrado («y yo quería pensar en cómo sería eso/de no ser de caer como piedra en un pozo»). Siente entonces añoranza de su niñez: «Montevideo era verde en mi infancia/absolutamente verde y con tranvías», al tiempo que rememora la figura de su madre que lo rescataba del miedo, y, a pesar de esos miedos de la infancia, reconoce que era mejor que no tener emociones como ocurría en el presente («y sólo veía sombras como caballos/y elefantes y monstruos casi hombres/y sin embargo aquello era mejor/que pensarme sin la savia del miedo»). Prefiere la emoción real del miedo del pasado que la represión emocional del presente. Insiste en recordar el Montevideo de su infancia al repetir en varios versos «absolutamente verde y sin tranvías». La vida natural y sencilla se contrapone aquí con la complejidad de la urbe que lo aleja de las emociones puras. El ambiente urbano (la oficina en este libro) es objeto aquí de la poesía de Benedetti, al igual que lo hiciera Juan Carlos Onetti unos años antes en la narrativa uruguaya.

Pero el sujeto poético tiene la esperanza puesta en el momento de su jubilación: «El cielo de veras que no es este de ahora/el cielo de cuando me jubile/durará todo el día» (...) «nadie pedirá informes ni balances ni cifras/y sólo tendré horario para morirme», dirá en el poema «Después». Será entonces cuando podrá ser libre y recuperar su tiempo vital: «con el tiempo en mis brazos como un recién nacido». Y, sin embargo, reconoce con tristeza que, llegada esa etapa de su vida, habrá malgastado su tiempo porque realmente no habrá vivido como le hubiera gustado y ya no puede retroceder porque «ese cielo de cuando me jubile/habrá llegado demasiado tarde».

Ese sentimiento se convierte en una pesadumbre mayor cuando en «Elegía extra» muestra su desesperanza al estar trabajando incluso en domingo (recordemos que Benedetti llegó a simultanear tres trabajos). Es un día de descanso en el que se encuentra a disposición de obligaciones laborales de la oficina. De ahí el título: «Elegía», por el sentimiento de pérdida (de la propia vida que no es suya) y el calificativo «extra» porque se produce en su día de descanso y añade un plus de desazón.

«Ángelus» es un poema escrito con versos alejandrinos, menos dos de ellos: «Aquí no hay cielo/aquí no hay horizonte». Esa marca en el cómputo silábico de estos dos versos tienen la finalidad de transmitir el mensaje principal del poema: en la oficina no hay vida, no hay futuro. Un pesimismo lo invade: la desazón en la que se ve inmersa es grande. Asimismo, se lamenta de su destino. El poeta siente que su vida se esfuma y no comprende cómo ha llegado a esa situación: «Quién me iba a decir que el destino era esto». Quiere escapar de la misma, pero no puede porque «Hay una mesa grande para todos los brazos/y una silla que gira cuando quiero escaparme». El sujeto poético no

puede salir de esa espiral, el giro de la silla simboliza esa imposibilidad de huida, frente al deseo de huir. Se lamenta de que su vida esté atrapada y de su destino: «Otro día se acaba y el destino era esto». Y se asombra de que, pese a no tener tiempo, siempre le quede tiempo para la tristeza. Una vida sin tiempo para vivirla plenamente: «siempre suena una orden, un teléfono, un timbre». Y encima tiene que ocultar su tristeza porque esta es incomprendida («y, claro, está prohibido llorar sobre los libros/porque no queda bien que la tinta se corra»).

«Amor de tarde» es de las pocas composiciones del libro en el que hay un predominio de versos de arte mayor, organizados en tres estrofas de seis versos cada una. En cada una de ellas se repite el primer verso: «Es una lástima que no estés conmigo». Se busca así enfatizar el sentimiento del sujeto poético que se lamenta de la ausencia de la mujer que ama y desea con vehemencia que se encuentre con él en esos momentos. Se dirige a ella imaginariamente y le manifiesta cómo se siente. En las dos primeras estrofas él va contando su quehacer burocrático, muestra desesperación y dice de sí mismo que «soy una manija que calcula intereses» (despersonalización: se identifica con la manija) «o dos manos que saltan sobre cuarenta teclas» (sinécdoque utilizada para expresar despersonalización, las manos parecen tener vida propia sin él, como si no le pertenecieran), «o un oído que escucha cómo ladra el teléfono» (sinécdoque y nueva despersonalización). Sin embargo, en la última estrofa de este poema deja de contar lo que hace y concreta su deseo imaginando que la mujer que ama podría acercarse por sorpresa y aparecer allí, culminando en un beso («...y quedaríamos/yo con la mancha roja de tus labios») que contrasta con la huella que él dejaría en ella como consecuencia de su trabajo: «tú con el tizne azul de mi carbónico». Su identidad es el trabajo que lo ha absorbido.

En el poema «Licencia» las ansiadas vacaciones llegan. El yo lírico toma conciencia de ello: «En mi conciencia y en el almanaque». Es decir, mediante lo subjetivo y mediante lo objetivo. Ante su desesperación, las vacaciones resultan ser un respiro; sin embargo, será un descanso tan solo de dos semanas en el que no dispondrá de tiempo suficiente para «hallar toda la vida en cuatro olas/gigantescas y tristes como sueños». La vida natural es lo que quiere recuperar, que es su propia vida, que son sus sueños. Con las vacaciones el cielo ya no se ve «estéril» y cobra sentido. Toda su mirada se vuelve vital, aunque sea por poco tiempo porque «...el horizonte/se acercó veinte metros». Piensa que en las vacaciones podrá observar la noche: «el apagón tranquilo de la luna» (metáfora muy bella). Sin embargo, percibe que el tiempo en el que puede encontrarse consigo mismo y vivir plenamente se esfuma rápido: «la mañana se fue/se va la tarde/la caída del sol me desanima». Y entonces, bruscamente, «Una noche cualquiera acaba todo/una mañana exacta/seis y cuarto». Las vacaciones se acaban y empieza de nuevo el trabajo: «En mi cabeza y en el almanaque» (paralelismo con el verso «En mi conciencia y en el almanaque»). La idea se repite: el interior y el exterior, lo subjetivo de la

percepción, por un lado, y la realidad aplastante de lo objetivo, por otro. El almanaque como metáfora del paso del tiempo en las vacaciones y en el trabajo, pero con diferentes sensaciones, porque ya no son «Dos semanas», que es el tiempo vacacional, sino «Mansamente» (sumisión o docilidad) «Son/cincuenta semanas», que es el tiempo laboral. Se contraponen ambos tiempos para expresar la atadura en el trabajo, o lo que es lo mismo, el tiempo vital desperdiciado allí dentro.

Para concluir, Mario Benedetti nos presenta en este poemario un escenario en el que el sujeto poético se encuentra atrapado y frustrado. La oficina es distante, repetitiva, en ella el individuo se encuentra sometido y ninguneado como persona, y, sin embargo, lo asume dócilmente con una subordinación interiorizada que lo hace incapaz de rebelarse. Se presenta como un mundo antinatural que cosifica al ser humano y lo aleja de sí mismo, porque no hay peor prisión que la del tiempo no vivido con plenitud y la de la atadura de la mente durante muchos años, en este caso a través de la sujeción del pensamiento a una rutina de palabras y de tareas burocráticas frías, alejadas del libre albedrío y de la libertad natural por la que las ideas y la acción deberían fluir como parte de la esencialidad del ser humano. «A partir de la vida burocrática, de esa cosa gris que tiene la vida oficinista, yo traté de encontrar una esencia poética.»¹⁰, afirmaría el autor.

Pero el mundo de la oficina que se refleja en este libro es también una descripción del mundo interior del oficinista. Benedetti bebió de él porque, como se ha dicho antes, trabajó durante treinta y cinco años en ellas, tanto en el ámbito privado como en el público. Por consiguiente, no se puede afirmar que el yo poético sea solo un mero observador o «narrador», sino que él mismo es igualmente personaje de ese contexto en el que la voz del poeta expresa sus emociones reales, encontrándose el elemento autobiográfico presente en este libro. Como señala Miguel Ángel Oviedo, «La oficina no solo es un paisaje (o un no-paisaje): es un modo de sentir el mundo, porque configura todo un destino humano dentro de las características inconfundiblemente mezquinas»¹¹. Se trata de esas pequeñas tragedias vividas cotidianamente que subyacen en el pensamiento del uruguayo de aquellos años más allá incluso del contexto burocrático, porque este realmente es el reflejo de una sociedad que actúa utilizando a sus trabajadores como instrumentos y arrinconando sus emociones y la consideración merecida como personas. Se cosifica al trabajador y este asume como algo natural vivir desposeído de su propia vida. *Poemas de la oficina* tiene, pues, una base de denuncia social, frecuente en la obra de Benedetti, pero al mismo tiempo transmite un planteamiento existencial. Denuncia social que se entremezcla

¹⁰ RUFFINELLI, J.: “Mario Benedetti: perfil literario”, *Studi di Letteratura Ispano Americana*, Lettere dell’Uruguay, 13-14, Cisalpino-Goliardica, Milano, 1983, p. 105; “Cronología”, Jorge Ruffinelli (Ed.), *Mario Benedetti: Variaciones Críticas*. Apud IBÁÑEZ QUINANA, Jaime (Op. Cit.)

¹¹ OVIEDO, M. A. (Op. Cit.). Apud IBÁÑEZ QUINTANA, J. (Op. Cit.)

con lo autobiográfico porque él mismo siente que la vida que lleva no es la que desea. La toma de consciencia de esa situación da lugar a un conflicto interior que terminará expresándolo a través de este libro. El mismo conflicto que sintieron y sienten otros/as autores/as con una vida polarizada entre el trabajo que se realiza y la creatividad literaria.

En 1913, Kafka, que igualmente fue oficinista como empleado de una agencia de seguros, escribió una carta a su novia, Felice Bauer, en la que le expresaba con desesperanza una similar dicotomía: «La escritura y el trabajo no pueden conciliarse», y añadía que ello era así «porque el centro de gravedad de la escritura se sitúa en lo profundo, mientras que la oficina se queda en la superficie de las cosas. Entre esos dos mundos hay un vaivén continuo, un proceso que acabará conmigo».¹²

En *Poemas de la oficina*, es la lucidez del escritor la que lleva a Mario Benedetti a mostrar su disconformidad con unas realidades impuestas de las que resulta complicado salir y que no hacen sino alejar al ser humano de su propia esencialidad y del verdadero sentido de la vida.

¹² BARQUERO CRUZ, Julio (2021, febrero): El otro Kafka, en *Revista de Libros*, Segunda Época. Recuperado desde: <https://www.revistadelibros.com/articulos/kafka-jurista-brillante-o-alienado-en-el-trabajo>